



xxiv

LA ULTIMA EXPEDICION

Los funcionarios del gobierno independiente, emanado de la Constitución de 1814, libres de toda ocupación administrativa, porque no disponían de elementos de fuerza directamente a sus órdenes, tenían de sobra motivos de preocupación por el empeño que tomaban en capturarlos algunos jefes realistas, principalmente Iturbide. Después de escapar, por su salida rápida de Ario, se encontraban en Uruapan, en la provincia de Valladolid, y entre ellos, como miembro del Poder Ejecutivo, en la ambigua y obscura situación que en otro lugar indicamos, don José María Morelos.

Los deseos de usar el prestigio y la fuerza moral inherentes a todo centro organizado, con nombres y apariencias de gobierno, para buscar algún concierto y orden en los grupos independientes, hicieron al fin que se decidiera la traslación de los poderes a Tehuacán. Tal vez influyó Morelos para esta decisión, en recuerdo de su brillante tercera campaña.

Con mayor razón puede suponerse que el consejo de Morelos no fue ajeno a la resolución adoptada, si se piensa que la marcha tenía que asumir caracteres de una verdadera expedición militar. Era necesario, para llegar a Tehuacán, encaminarse por rutas peligrosas, cruzar terrenos enemigos, recorrer grandes distancias y salvar toda clase de obstáculos naturales con muy pocos elementos. Los riesgos de la expedición no hicieron igual efecto en todos los miembros del gobierno. Algunos lograron evitarlos valiéndose de pretextos y separándose con licencias por causas de salud. Otros recibieron comisiones honorosas y no exentas de peligro para permanecer en la provincia de Valladolid, integrando la Junta subalterna y representante del Congreso.

Como era de esperarse, la dirección y el mando militar de la expedición fueron confiados a Morelos. Los legisladores de Chilpancingo recibieron de la necesidad una de sus primeras lecciones, porque ellos fueron los que se vieron obligados a poner la mano sobre su obra legislativa al conceder a Morelos las atribuciones militares que la Constitución le prohibía, por ser miembro del Poder Ejecutivo. La seguridad del gobierno y el beneficio de la causa pudieron más que la soberanía de la ley; pero si hay culpa en esta violación, se compensa porque con ella se pretendió valerosamente fomentar y vigorizar el movimiento de insurrección; porque si no se ajustó a la ley escrita, sí se apegó al buen sentido, y porque fue, aunque tardío, un desagravio de las humillaciones inferidas a Morelos, y el reconocimiento de su capacidad de soldado y de organizador. Con la misma lealtad que Morelos demostró siempre al Congreso, no se detuvo para aceptar la nueva comisión, en la que debía dejar la vida, y procuró reunir la mayor suma de hombres, pertrechos y víveres y preparar la expedición con la diligencia y sagacidad que ponía en sus empresas.

No podía contarse con reunir un núcleo de tropa suficiente para garantizar a la columna expedicionaria de un ataque realista. Los 200 hombres que habitualmente servían de escolta al Congreso, unidos a los grupos insurgentes que Morelos pudo reclutar, que apenas sumaban 1,000 hombres con 500 fusiles (el resto, armado con lanzas, hondas, espadas y viejas armas de fuego), no estaban en condiciones de abrirse paso por la fuerza entre los destacamentos enemigos, amparados por sus fortificaciones y bien organizados. La anarquía revolucionaria, que en todas ocasiones fue para Morelos un grave obstáculo, hizo que otros auxilios que esperaba allegarse no se presentaran, a pesar de sus órdenes. De los jefes insurgentes, a quienes llamó para que lo sostuvieran y reforzaran, sólo acudieron como elementos de relativa importancia don Nicolás Bravo y Lobato.

Guerrero, Sesma y Terán no cumplieron oportunamente las disposiciones de Morelos, sin que se pueda decidir si lo hicieron por imposibilidad o por negligencia.

Con tal contingente y disponiendo sólo de dos cañones, no había más esperanza de éxito que evitar todo contacto con las tropas del virrey. Sin medios de transporte, sin aprovisionamientos suficientes y con una pesada impedimenta de equipajes, papeles, expedientes y archivos, sin contar el numeroso personal civil, no podía esperarse que la columna llegara a Tehuacán, si no era con marchas ocultas y siguiendo

un itinerario que se escapara al conocimiento del enemigo. No era suficiente la reserva que Morelos acostumbraba en todos sus movimientos, sino que se necesitaba guardar un secreto impenetrable. Era preciso engañar a los realistas acerca de la verdadera dirección de la columna y recurrir a toda clase de ardides para desorientar a los perseguidores. La expedición tenía, pues, todos los caracteres de una desesperada empresa militar, con aspecto de retirada, por la imposibilidad de presentar combate y el propósito de esquivar todo encuentro, y al mismo tiempo con apariencias de asalto y de movimiento ofensivo, por el modo temerario de introducirse en el terreno enemigo, en las condiciones más claras de desigualdad y carencia de elementos.

El primer factor del éxito quedó desde un principio anulado, porque el gobierno virreinal tuvo con oportunidad conocimiento del proyectado viaje del Congreso a Tehuacán. Aunque ha llegado a suponerse que tal noticia llegó a Calleja por conducto de don Juan N. Rosáinz, quien se acogió al indulto, es tan dura y terrible esta imputación que es preferible, a falta de pruebas decisivas, creer que el secreto de la marcha fue violado por ser una multitud de personas las que participaban de él necesariamente. Es seguro, por otra parte que la denuncia llegó al virrey por varios conductos.

Todas las esperanzas tenían que reducirse a confiar en que Morelos dirigiera con acierto la expedición por entre peligros innumerables. Para el virrey, la persecución y captura de la columna expedicionaria tenía un interés fundamental, porque significaba un golpe de muerte a la rebelión y el remate de un plan de campaña conducido hasta entonces con éxito.

Capturar al Congreso con todo el personal del gobierno era destruir el núcleo moral, la representación más o menos efectiva, pero de todos modos importante, de la tenaz revolución. Mejor era todavía apoderarse de la persona de Morelos, que no por estar casi reducido a la impotencia y menguado su prestigio militar, dejaba de ser temible, puesto que el resurgimiento de un campeón tan batallador, que se había levantado de más completos desastres, no podía suprimirse si no con su vida, y su nombre no se hallaba tan obscurecido para dejar de ser una bandera y una esperanza.

Y sin duda el interés en perseguir a Morelos era superior al deseo de capturar al Congreso, porque así lo demuestran los hechos posteriores y las circunstancias de que, al disponer el virrey su batida, no sabía de un modo cierto cuál era el objeto de la expedición, y aun

llegó a temer que Morelos pretendiera atacar al convoy que conducía los efectos de la nao de China.

Por eso la actividad realista se aumentó, y no se ahorraron esfuerzos por descubrir el itinerario, ya que el punto final de la expedición era conocido.

Morelos logró al principio desorientar a sus perseguidores. Salió de Uruapan con toda su columna el 29 de septiembre, y los jefes realistas no acertaban a saber si tomaría el camino de la provincia de Puebla, pasando por la hacienda de los Laureles o por el valle de Temascaltepec, cruzando las serranías del Ajusco, o por la región comprendida entre Taxco y Cuernavaca, o siguiendo las orillas del Mezcala.

El empeño del virrey por atacar en condiciones de éxito a Morelos se manifestó en la actividad y el número de las tropas que puso en acción. La sección de Ixtlahuaca, reforzada con 250 hombres de otros cuerpos y bajo las órdenes del teniente coronel don Manuel de la Concha, marchó hacia Temascaltepec para vigilar y proteger la región del valle de Toluca. Quinientos hombres, mandados por Claverino, salieron de Valladolid y estaban dispuestos a dirigirse hasta Zacatula. La división de Aguirre, situada en San Felipe del Obraje, cubría la retaguardia de Concha. Las tropas que custodiaban las plazas del valle de Toluca y las guarniciones de Chalco, Cuautla, Cuernavaca y todos los puntos situados al suroeste de la ciudad de México, dejaron las atenciones que tenían a su cargo para avanzar hacia el Sur, formando una gran línea defensiva, con un cuerpo de reserva que se integró con la división de los llanos de Apam y se apostó en Chalco.

Mientras tanto, la endeble columna independiente que dirigía Morelos emprendía su marcha, sin que el enemigo, numeroso, pudiera localizar su situación ni descubrir su derrotero. Los diputados, los miembros del Tribunal y todos los civiles que formaban parte de la expedición, fueron obligados por Morelos a sujetarse durante la marcha a la disciplina militar, y recibían su ración, caminaban formados y dormían al raso lo mismo que todos los soldados.

Al fin, la vigilancia de las tropas realistas y lo avanzado de la marcha tuvieron que descubrir el itinerario de los insurgentes: había salido Morelos de Huetamo para Cutzamala, y ya no era dudoso que seguiría la orilla del río para cruzarlo más adelante en algún vado. Pudieron entonces entrar en movimiento las tropas del virrey, y Concha se dirigió a marchas forzadas a Teloloapan, para reunirse con el teniente coronel Eugenio Villasana, que mandaba una sección de fuerzas

realistas en dicho punto, y combinar con él un plan de operaciones. A su vez, el coronel Armijo recibió órdenes de marchar a Tixtla, para proteger los efectos de la nao china, y al mismo tiempo amenazar a Morelos en la orilla izquierda del Mezcala, mientras Villasana y Concha lo acechaban en la orilla derecha. El punto capital de la persecución consistía en saber por dónde cruzarían el río los insurgentes. Morelos maniobró con tal astucia que, por última vez en su carrera de soldado, estuvo muy cerca del éxito y próximo a burlar la vigorosa trama que el virrey iba estrechando en torno suyo.

Las patrullas realistas que vigilaban los puntos vadeables del río se desconcertaban con los avisos de los espías y las denuncias de los adictos a su causa. Morelos mandaba preparar raciones en puntos diversos, encender fuegos, destacar grupos armados, todos los ardides que podían desorientar al enemigo. Tan cerca estuvo de lograrlo, que Villasana y Concha, sin saber a qué lugar acudir, ordenaban marchas y contramarchas, y todavía cuando Morelos, en la noche del 2 al 3 de noviembre había al fin pasado el Mezcala por el vado de Tenango, los dos jefes realistas no sabían si dirigirse a dicho lugar o al vado de Oapan, y en su indecisión resolvieron separarse y ocurrir uno de ellos a cada punto, tocando a Concha explorar el rumbo de Tenango, a donde llegó dos días más tarde, cuando ya Morelos después de conceder en Texmelucan un día de reposo a sus gentes agobiadas, se hallaba con toda su columna en Texmalaca.

Todo parecía indicar que la persecución estaba burlada y roto el cerco dispuesto por el virrey, con más de una jornada adelante, el río de por medio, los dos principales jefes separados y el camino libre, los expedicionarios podían creerse a salvo. La celeridad y energía de Concha y la oportunidad y acierto de sus espías vinieron en ayuda de la fatalidad que perseguía a Morelos. En efecto, la jornada de reposo concedida a los soldados insurgentes en Texmelucan, que abrevió de un modo decisivo la distancia entre los perseguidores y los fugitivos, no fue causada únicamente por la fatiga de las tropas, sino más bien por la lluvia intensa que durante la noche del día 3 puso intransitables los caminos, ya de suyo ásperos y abandonados.

En cambio, Concha pudo caminar de noche y con marchas forzadas llegar a Tenango cuando todavía algunos escombros humeantes señalaban el paso de los insurgentes, vadear el río sin pérdida de tiempo, y sin esperar a Villasana ni comunicarse con él, sin conceder a sus tropas más que tres horas de reposo después de la fatigosa operación del vado,

dirigirse a Texmalaca (o Tlamálc, porque sitio y nombre no se han identificado plenamente) y llegar a este punto en las primeras horas del día 5 cuando la columna insurgente todavía estaba a la vista, en camino hacia Coetzala y ascendiendo por los cerros vecinos. Sin más tregua que la necesaria para satisfacer la sed, continuó su encarnizada persecución.

Al fin Morelos tuvo que aceptar un encuentro. Sólo podía evitarlo apurando la marcha con sus elementos militares, que por ser avezados y conocedores, podían salvarse con facilidad si la custodia y la compañía del Congreso no retardaran todos sus movimientos.

En cambio, los civiles que iban amparados por la tropa insurgente no tenían entre sus personas y la garra de sus perseguidores más defensa y escudo que una batalla desigual. No podía escapar la inminencia del desastre a la penetración y práctica de Morelos, y, por tanto, el combate de las lomas de Texmalaca adquiría de este modo un aspecto de sacrificio voluntario y consciente.

La formación del frente de batalla y los primeros incidentes de la acción fueron, de parte de Morelos, una vislumbre de sus tiempos mejores, un alarde de táctica que por última vez quiso atraer y domar a la fortuna por la fuerza y por el genio.

No debió parecer a Concha un despreciable enemigo el que tenía al frente, disimulada la debilidad del número por la habilidad de las posiciones, y la flaqueza del armamento por el aparente denuedo agresivo.

Todavía era posible cambiar la faz de la guerra y la suerte del país con un golpe favorable del azar, con alguna inesperada maniobra, con alguna proeza de temeridad individual. No hubiera sido la primera vez que Morelos arrebatara un triunfo, a pesar de las desigualdades de la lucha. Dividió su efectivo entre cuerpos, con el ala derecha a las órdenes de Lobato, la izquierda bajo el mando de don Nicolás Bravo y el centro a sus órdenes inmediatas, con los dos cañones que constituyán toda su artillería. Para asegurar la retirada del Congreso, que con todo el personal del gobierno, los equipajes y la impedimenta susceptible de salvase ya se habían encaminado a Tehuacán, mandó ocupar con destacamentos dos alturas sucesivas, que fueron abandonadas una tras otra, sin combatir, y sólo con el objeto de retrasar cuanto era posible el avance realista.

Concha acomodó su plan de ataque a la posición de su adversario. Mandó al capitán Gómez Pedraza con los Dragones de España y los

Fieles de Potosí para que batiera el ala izquierda insurgente, y encontró por este lado una brava resistencia. En cambio, el ala derecha no sostuvo con igual firmeza el empuje de las compañías realistas de voluntarios que la atacaron, y al iniciar la dispersión casi sin combatir, contagió con su debilidad y su pánico a todas las tropas insurgentes. Un desertor de los ejércitos realistas, que se había pasado a los insurgentes, entre los que servía con grado de oficial, de apellido Páez, fue el primero en huir con todo su equipaje particular. Cundió la fuga, con la rapidez que tiene el pánico para extenderse hasta en los ejércitos más fogueados, y primero las tropas del centro insurgente, amenazado por la infantería realista, que avanzaba con elementos de los batallones de Fernando VII, Zamora, Fijo de Veracruz y Tlaxcala, y, al fin, el ala izquierda, que fue la única que propiamente combatió, continuaron la dispersión comenzada, y sin orden ni asomos de más resistencia, se vieron envueltos en los horrores de una completa derrota.

Comprendiendo la imposibilidad de evitar el desastre o poner al menos algún orden en la retirada para amenguar las consecuencias del fracaso, dio Morelos órdenes a los que pudieron recibirlas, para que cada quien salvara su persona como pudiera. Sin conservar siquiera un grupo adicto y decidido que lo escoltara, tuvo él mismo que confundirse entre los fugitivos y abandonar el caballo, que, en vez de ayudarlo, servía de estorbo en aquellos lomeríos cubiertos de zarzas y matorrales, sin veredas ni lugares transitables.

La persecución, que al fin de todo encuentro era activísima y feroz; el famoso "alcance", más temible para los vencidos que el combate mismo; tenían que ser en esta ocasión una verdadera caza, y Morelos el objeto principal de los esfuerzos realistas. La caballería no intentó alcanzar a los individuos del Congreso, porque teniendo a Morelos tan cerca de sus manos cualquiera otra presa era despreciable. Los pocos soldados insurgentes que caían vivos en poder de sus perseguidores eran interrogados acerca del camino que tomara su caudillo, y aun se les ofrecía la vida en cambio de la denuncia. Alguno de ellos, que quiso y supo decirlo, orientó a la jauría febril, que no podía gozar la victoria mientras no tuviera a Morelos en su poder. Este pretendió en vano ocultarse entre las breñas. Se detuvo para quitarse las espuelas y poder caminar con menos trabajo por entre la maleza, y, al fin, el más grande enemigo de las tropas del rey, se vio solo, sin armas y a merced de un teniente de la compañía realista de Tepecoacuilco. El oscuro soldado, que sólo a esta ocasión dejó la

notoriedad, se llamaba Matías Carrasco y era conocido por Morelos por haber militado antes a sus órdenes.

Con la misma serenidad que debía conservar hasta su hora suprema, Morelos vio acercarse a su aprehensor, diciendo tranquilamente:

—Señor Carrasco, parece que nos conocemos.

Otros soldados reclamaron más tarde compartir las recompensas ofrecidas y proporcionaron así sus nombres obscuros por la historia. Armijo transcribió al virrey este recado:

“Exmo. S.:

“El Teniente Coronel don Juan Pablo Pinuaga en oficio de fecha 28 del próximo pasado noviembre me dice lo que sigue:

“Los oficiales Capitán don Matías Carrasco, Teniente don José María Ramírez, y Cabos Ignacio Almazán y Melquiades Lazo del cuerpo urbano de mi mando me estrechan a fin de que yo eleve a la respetable consideración de V. E. sus justas reclamaciones con respecto a la aprehensión inmediata y material del corifeo y apóstata Morelos. Conociendo al cabecilla Morelos, por las señas inequívocas que adquirimos en lo Pueblos y cuadrillas del tránsito partí en violenta carrera en pos de él y después de haber porfiado largo rato en su empresa de escaparse de nuestras garras, cargado de amenazas y fuera de sí se apeó de su caballo y a poca distancia se vio rodeado de nosotros siendo el primero que lo cogió materialmente de su brazo suspendiendo sus movimientos el Capitán Carrasco, haciendo lo mismo Ramírez a continuación; y hallándonos en este estado con la presa llegaron a su auxilio su tesorero, el secretario y otros a los que en compañía del sargento y cabos arriba expresados tuve que hacer rendir las armas como en efecto lo verificamos y fueron hechos prisioneros.

“(De Tixtla.—Diciembre 1º de 1815.)”

La alegría del campo realista fue proporcionada al éxito. No sonaban los tambores con sus dianas de triunfo por el botín ganado, que fue para la gente de tropa los bagajes de los vencidos y para el tesoro real cinco barras de plata encontradas en el equipaje de Morelos, ni se alegraban soldados y oficiales solamente por la perspectiva de premios y ascensos, que, en efecto, les llegaron más tarde, con una recompensa especial para Matías Carrasco, que, en recuerdo de su hazaña casual, pudo adornar su brazo con las armas reales y este emblema: “Señaló su fidelidad y amor al rey el día 5 de noviembre de 1815”. Los vítores al rey y a su comandante, los aplausos y las aclamaciones, no eran por la victoria, que en sí misma no alcanzaba grandes propor-

ciones militares: se habían apoderado de un hombre, y ese hombre era el alma de la guerra y la personificación de la causa independiente, y esto realzaba y acrecía su triunfo hasta hacerlo comparable a una gran batalla decisiva. Todos querían gozar su victoria de un modo palpable, y acudían a contemplar al jefe vencido, como si no creyeran, hasta verlo con sus ojos, que el constante vencedor y perpetuo peligro de las tropas realistas estaba al fin reducido a la inmovilidad, sujeto con grillos, esperando la muerte y confundido entre los prisioneros. La gente de los pueblos ocurría también, ansiosa de curiosidad por verlo, y hasta los jefes Concha y Villasana, que se reunieron en Tenango, llevando el primero consigo a su ilustre prisionero, no resistieron el deseo de visitarle y buscarle conversación.

Fue entonces cuando Villasana, después de preguntarle con insistencia si lo conocía, sin recibir más que una seca constestación negativa, le dijo:

—Pues yo soy Villasana; pero digame usted: ¿Si la suerte se hubiera feriado y me hubiera usted cogido a mí o al señor Concha?

Y Morelos respondió, como si quisiera provocar a la muerte, sólo incierta por la hora en que debía venir:

—Yo les doy dos horas para confesarse, y los fusilo.

—Pues las tropas del rey no son tan crueles, dan cuartel —pudo contestar Villasana después de reponerse de la sorpresa que recibió con la respuesta de Morelos.

Y no era ciertamente por benignidad por lo que las tropas del rey daban cuartel en aquella ocasión. En realidad, hubiera sido más conveniente evitar a Morelos, con un fusilamiento inmediato, las angustias y las humillaciones de su larga agonía. Pero fue preciso obedecer las órdenes superiores y conservar al prisionero para que su castigo fuera notorio y ejemplar; llevarlo a México, y exponerlo en el corazón mismo de la Nueva España a la vista de todos los vasallos de la Corona castellana, como un testimonio de que aún existía vigor en las armas reales para ahogar todas las rebeldías; sujetarlo a las formalidades de un proceso militar, destinado a hacer legítima la muerte del caudillo, y otro, eclesiástico, para mayor honra y lustre del Tribunal de la Santa Inquisición, y, finalmente, consumar el sacrificio con toda la solemnidad y espacio que requería la persona del soldado que había ligado y confundido su vida con la causa de la Independencia.

Morelos fue conducido a México, bajo la vigilancia inmediata de Concha, que fue designado especialmente para la custodia del preso,

aunque al principio se había conferido esta comisión a Villasana, por que entre los dos jefes realistas hubo algo como una controversia por atribuirse la parte principal y el mérito de la captura de Morelos. Con éste fue conducido el presbítero José María Morales, que servía como capellán entre los insurgentes y que fue aprehendido también en Texmalaca. Los dos fueron obligados a contemplar en Tepecaocuilco el fusilamiento de 26 prisioneros insurgentes tomados en la misma acción.

En todos los lugares poblados que tocaron en su camino hacia México, la misma curiosidad por ver de cerca a Morelos movía a las multitudes. Antes de llegar se detuvieron en Tlalpan desde las cuatro de la tarde del día 21 de noviembre hasta las primeras horas del día siguiente. Y antes de que el día permitiera reunir curiosos y concurso de gente, en un coche cerrado, con la mayor reserva y silencio, entró por segunda vez en su vida don José María Morelos en la capital del virreinato, y fue llevado a las cárceles secretas de la Inquisición.

Algunas veces, en el curso de sus brillantes campañas cuando la adversidad no lo perseguía aún tan cruelmente, llegó Morelos a creer con visos de certeza, que algún día pudiera entrar en la muy noble y leal ciudad de México, cerebro y corazón de la nacionalidad que él quiso crear, al frente de sus ejércitos victoriosos y entre la alegría y el esplendor de un inmenso triunfo. La realidad fue bien distinta y dolorosa. Morelos debió ver la vieja ciudad, envuelta en la sombra fría de la madrugada, muda y desierta, obligado a no olvidar su condición de preso y su indudable muerte próxima, por la presión de los hierros que lo sujetaban y el contacto ofensivo de sus guardianes, que lo vigilaban dentro del mismo coche.

Así terminaban su última expedición guerrera, sus últimos trabajos de soldados y de caudillo. Los individuos del gobierno independiente, representación teórica de la revolución, salvaron sus personas y su investidura, no para vivir y realizar la obra de la Independencia, sino para caer después en la vergüenza del indulto o en la impotencia de la disgregación y la incapacidad. Su vida de un momento costó a la patria la vida truncada de la revolución hecha hombre.